

La importancia de la obra de Jon Juaristi no es la explicación del mito de Túbal, ni tampoco su maravillosa forma de utilizar el lenguaje y transmitir su sabiduría en el estudio de las raíces lingüísticas, unidas a la mitología y a la historia del Antiguo Testamento que, en una primera lectura, retuercen las ideas y aturullan al lector inexperto.

Creo que la idea clave es que existe en el individuo y por tanto en la colectividad un impulso irresistible a buscar los orígenes, responder a la angustiada pregunta de dónde está el punto de partida de esa comunidad.

Esta pulsión es fácilmente vulnerable a cualquier teoría llegada de siglos atrás y basada en interpretaciones sin rigor alguno y nunca antes cuestionadas que, aunque esto resulte increíble, se convierten en las bases más sólidas de las identidades diferenciales. El lenguaje, la pureza y las raíces de la lengua es el discurso que más se presta a presentarse como base empírica de una identidad, introduciendo estudios de semiótica y lingüísticos falsamente científicos. Creo que es la mayor enseñanza que puede extraerse de la obra de este gran profesional de la lingüística.

Lo paradójico, aunque no excepcional en la historia de los nacionalismos, es que aquel que investigara y utilizara políticamente los frutos de esa búsqueda de identidad del pueblo vasco, basándose en una ideología antisemita a sabiendas de ser bien acogida e incluso como tapadera de sus antepasados, aquel licenciado Andrés de Poza, que utilizando unas técnicas pseudo-científicas basándose en la lengua, creó una identidad diferencial... no pertenecía al pueblo vasco.

Quisiera terminar con la frase que cierra esta pequeña pero intensa y compleja obra de Juaristi:

Las identidades individuales o colectivas son siempre ilusorias, que toda identidad es siempre usurpadora de una identidad ajena, y que en el fondo de cada uno de nosotros habita el Otro y suyos son nuestros fantasmas más queridos.

COMUNIDADES IMAGINADAS. REFLEXIONES SOBRE EL ORIGEN Y LA DIFUSIÓN DEL NACIONALISMO. (Benedict Anderson) MARÍA CRISTINA PASCERINI

El ensayo de Benedict Anderson sobre el surgir del nacionalismo, *Comunidades Imaginadas*, evidencia los distintos factores que, según la posición geográfica, tuvieron influencia en su desarrollo.

En Europa la conciencia de la pertenencia a una misma comunidad se debió principalmente a la difusión de la imprenta, que contribuyó a crear una comunidad de lectores que se entendían utilizando las lenguas vernáculas, y a reevaluar aquellas masas populares que las hablaban.

En América el nacionalismo tuvo una matriz distinta. En el Sur, las nuevas repúblicas surgieron en correspondencia de las unidades administrativas creadas por la metrópoli, en las cuales las propias consuetudes burocráticas habían originado una red de experiencias comunes entre los criollos.

En Estados Unidos la difusión del periódico, que fomentaba la impresión de compartir en un tiempo casi simultáneo los mismos acontecimientos, reforzó los lazos geográficos y comerciales existentes.

Si para Anderson la fecha de la Declaración de Independencia demuestra que el nacionalismo americano fue anterior al de Europa, el surgir de movimientos de liberación nacional en Asia y África posteriores a la Segunda Guerra Mundial es la prueba evidente de que éstos fueron una herencia de la cultura occidental.

Sin pretenderlo fueron las mismas políticas coloniales las que fomentaron el surgir de una conciencia nacional en las Colonias. Por un lado favorecieron a través de la creación de un aparato burocrático el crecimiento de una red de experiencias comunes; por el otro, sobre todo con la difusión de mapas y museos, hicieron penetrar en la imaginación popular la idea de la existencia históricamente probada de «unidades territoriales específicas».

Una de las preocupaciones que indujeron al autor a escribir el libro fue la de investigar las relaciones entre revolución y nacionalismo que se evidenciaron en los conflictos del Sudeste asiático de hace dos décadas. Aunque Anderson no se preocupe de tratar el tema de manera sistemática, es posible deducir del texto cómo resuelve esta correlación.

Antes que nada nos ayuda recordar que la revolución y el nacionalismo son por él definidas como «invenciones disponibles para la piratería». Es decir, estas dos categorías políticas han sido interpretadas y utilizadas a lo largo de la historia en la manera que resultaba más conveniente.

Sin duda las revoluciones que llegaron al poder no quisieron privarse de un instrumento de dominio que les aseguraba una devoción ciega por parte de quienes eran llamados a formar parte de la comunidad nacional. Los líderes revolucionarios, a menudo formados en escuelas de tradición europea, y por lo tanto conscientes de que el amor patrio había inducido a miles de hombres al sacrificio voluntario de sus propias vidas, intuyeron que el nacionalismo constituía el mejor medio conocido por la historia, aparte la religión, para conseguir una obediencia incondicional.

La manipulación de las categorías políticas del nacionalismo y de la revolución se hace posible además por unas características que las transforman en categorías ambiguas. No sólo el mismo Marx dejó abierta la posibilidad para una revolución nacionalista afirmando que «el proletariado de cada país debe, por supuesto, arreglar cuentas ante todo con su propia burguesía», sino que Anderson evidencia varias

veces la «fatalidad» del surgir del nacionalismo, que nos lleva a pensar que su paternidad puede ser fácilmente reclamada por quien sea, no estando nada clara.

El carácter casual del nacionalismo, que se debe al encuentro fortuito del capitalismo, tecnología y lenguas vernáculas, favorece la manipulación de estos factores actuada por cualquier ideología que se oriente a las masas. Siendo éstos relacionados con la existencia de una multitud, ésta puede ser fácilmente interpretada como pueblo; es decir, la ideología aleja al nacionalismo de la muchedumbre genérica para dirigirlo hacia aquella particular constituida por el pueblo.

Conservando el carácter plural del nacionalismo, en el sentido que éste sigue dirigiéndose a una multitud esta vez específica, la ideología le acerca a la revolución, que es el medio por el cual el pueblo entra en la Historia, para reforzarla y proveerla de las fuerzas que le faltan para llegar a la victoria.

El nacionalismo se convierte entonces en la energía que mantiene la unidad del pueblo, unidad necesaria para realizar la revolución, confirmada no sólo por la convergencia de los fines, sino también por la común historia pasada.

Merece la pena hacer una breve alusión al segundo objetivo que se propuso Anderson al escribir este ensayo: la demostración del origen no europeo del nacionalismo. Atribuyendo una buena dosis de miopía a los estudiosos del Viejo Mundo, les acusa de tener una provinciana actitud eurocéntrica en lo que concierne al surgir de la conciencia nacional. Principalmente opone a esta posición el hecho incontrovertible de la fecha de la Declaración de Independencia, que precede en un decenio a la Revolución francesa, frecuentemente identificada por la historiografía como el primer brote de nacionalismo.

No creo que tenga mucho sentido determinar quién cruzó la raya primero (¡al fin y al cabo sólo se trata de trece años!), sino que es más interesante considerar ambos acontecimientos como señales de que en la Historia estaba en curso un cambio que marcaría profundamente los dos siglos que siguieron.

SOBRE LA NACIÓ DELS VALENCIANS. (Joan F. Mira)

FERNANDO ABAD ROSÓN

Desde la toma de posiciones comprometida acostumbran a aparecer formulaciones que, con demasiada frecuencia, no pasan de ser una llamada al sentimiento, al corazón de aquellos a quienes van dirigidas. Se olvida el juego de la razón (entendida como contraria a la sinrazón), de la lógica deductiva y la argumentación factual a que estamos acostumbrados y que hace de teorías y ensayos algo más que panfletos. Aun siendo inevitable la inclusión de premisas irrenunciables, que resultarán más o menos convincentes según se adscriban a lo que a